

Recordar, compartir, aprender

Elche

Irene Ibáñez Peral, 81 años

María Sanz Domínguez, 18 años

FAMILIA NUMEROSA

“Me llamo Irene y soy hija única. Hace poco conocí a mis hermanos”. Con esta contradictoria frase comienza Irene su historia. Podría haber empezado contando que nació en 1938, en plena Guerra Civil en España, o relatado lo dura que fue la posguerra, con la miseria y la escasez que sufrió siendo muy joven. Pero no es de guerra de lo que quiere hablar. Prefiere centrarse en algo más cotidiano, mucho más cercano a todos: la familia.

Dicen que todos nacemos en una familia, que es la que nos forma, nos ayuda y nos sostiene durante los primeros años de nuestra vida, y está presente a lo largo de ésta. Pero en el caso de Irene las convenciones no sirven. Ella ha ido encontrando a sus familiares siendo ya adulta, y ellos no siempre han podido estar presentes.

Su padre, por ejemplo; cuando Irene nació, su padre llevaba tres meses combatiendo en el frente, en el bando republicano. El fantasma de su ausencia se disolvía con cada nueva carta que llegaba, con cada nueva promesa de estar pronto en casa, junto a la esposa añorada y la hija desconocida.

Pero el esperado retorno se aplazaba mes a mes, hasta que el fin de la guerra enlazó con el exilio. El padre de Irene se trasladó a Toulouse (Francia). Sus cartas continuaban llegando con regularidad, siempre dirigidas a su esposa y a su hija, transmitiéndoles su cariño desde la distancia.

Tiempo después, el padre de Irene retomó el contacto con sus otros parientes, comenzó a enviar regalos, pero nunca fue nada para ella. Nunca tenía nada de aquello que los demás conseguían, ya no se trataba sólo de objetos materiales. Irene intuía que su camino iba a ser mucho más arduo y tortuoso que el de cualquier otra persona, y tarde o temprano tendría que sentarse sobre una piedra, exhausta, y resignarse a aceptar que las metas que los demás alcanzaban no eran para ella.

No parecía ser la única que se daba cuenta de esto. Fuera donde fuese, todos sabían que estaba creciendo sin padre, y todos lo lamentaban por ella. “Pobrecita”, le decían, tras recorrerla de arriba abajo con una mirada de lástima. Todos parecían adivinar su triste destino.

Pero, un día, Irene sintió ganas de correr. Quería huir y alejarse de la compasión ajena, quería desafiar a todos aquellos que la veían como una desgraciada, y demostrarles que ella también era capaz de ser feliz. Quería que la vida dejase de llamarla “pobrecita”.

Y su vida no cambió, pero sí su actitud ante ella. Su padre seguía estando lejos, y ahora Irene sabía que no iría a visitarla, porque había formado una nueva familia en Francia. Pero mantuvo el contacto con él, y prometió ir a verle una vez estuviese casada.

A Irene ese momento le llegó a los 22 años, en una ceremonia tan discreta y sobria que pareció celebrarse a escondidas. Su abuelo había muerto recientemente, y a punto estuvo ella de llevar luto en lugar del blanco traje de novia. No hubo lujos ni festejos, pero fue un matrimonio estable que aún perdura.

Tras la boda, comenzaron los preparativos de un viaje que no era la luna de miel, pero que iba a cumplir con la mayor ilusión de Irene: conocer a su padre. Sin embargo, una semana antes de la partida, Irene recibió una carta en la que su padre le rogaba que no fuese a verle porque se encontraba muy enfermo. Irene sabía que su padre padecía una dolencia cardíaca, causada por un sobreesfuerzo que realizó mientras combatía en la Guerra Civil. Pero no podía renunciar a su sueño, a aquello en lo que había volcado tantas esperanzas desde



que era una niña. Al final, se decidió a escribir a su padre, anunciándole que iría a visitarle de todos modos.

Cuando llegó a la estación de Toulouse, su padre estaba esperándola. No tardaron en reconocerse. Irene sabía que su padre estaba orgulloso de ella, de la manera que había tenido de adaptarse a la vida aunque él no estuviese a su lado. Pasaron 15 días juntos en la casa que su padre habitaba con su otra mujer y sus dos hijos, y fueron 15 días felices. No hubo reproches; no podía haberlos, pues eran un padre y una hija que se querían y que se encontraban después de mucho tiempo. Sí hubo, en cambio, mucho de lo que hablar, muchas historias que contar. Después de todo, eran un padre y una hija que acababan de conocerse.

Tras estas dos semanas inolvidables, Irene regresó a España y nunca más volvió a ver su padre, que murió poco tiempo después. A partir de ese momento, las noticias que recibió Irene de su familia francesa fueron muy escasas, hasta que, finalmente, perdió el contacto con sus hermanos.

Pero la vida iba a sorprenderla con un nuevo reencuentro. Hace poco más de un año, un primo de Irene decidió recuperar la relación con los hermanos que ella tenía en Francia. Les buscó durante un tiempo, y finalmente consiguió localizarles y comenzaron a escribirse cartas otra vez. Irene aprobaba que viniesen a visitarla a su casa de Elche, pero admitía que apenas conocía a sus hermanos y que, una vez estuviese con ellos, no sabría qué decirles.

Sin embargo, todo es sencillo cuando se está en familia. En cuanto Irene y sus hermanos volvieron a verse, se abrazaron con fuerza, y pareció que viajaban atrás en el tiempo, a aquellas dos dulces semanas en Toulouse. Descubrieron también con sorpresa lo mucho que se parecían, casi más que si hubieran estado toda su vida juntos... Separados durante mucho tiempo, pero hermanos, al fin y al cabo.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La vida de Irene nunca fue fácil. Nació en plena Guerra Civil, creció teniendo a su padre lejos de ella, trabajó desde muy joven... Pero Irene tenía, además, un gran obstáculo que hacía que el día a día se volviese aún más cuesta arriba: su sentimiento de inferioridad. Consideraba que valía menos que los demás y que, por tanto, nunca conseguiría nada de lo que tenían los otros.

Sin embargo, la vida se encargó de demostrarle lo equivocada que estaba, enseñándole, de paso, una valiosa lección: aunque a veces no lo creamos, todos somos capaces de alcanzar aquello que más nos ilusiona.

A Irene la vida la sorprendió de mil maneras. Descubrió que podía casarse, tener hijos, un buen trabajo... que podía ser feliz, como cualquier otra persona. Descubrió que incluso su gran ilusión, su sueño que parecía no llegar nunca, podía cumplirse: conoció a su padre. Y aún el destino le deparaba más sorpresas: el reencuentro con sus hermanos, hace un año.

Su historia demuestra que a veces las cosas suceden así. Nos empeñamos en creernos incapaces de vivir nuestra vida, de llevar a cabo nuestros proyectos o de ver realizadas nuestras ilusiones, y el camino que seguimos se encarga de sacarnos de nuestro error. Quizá debiéramos confiar algo más en nuestras capacidades, antes de resignarnos a creer que la felicidad no es para nosotros.

Porque la vida de Irene nunca fue fácil, pero a pesar de todo fue, y sigue siendo, muy feliz. Y el mérito es todo suyo.